La Novela Semanal



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

...jeres sol...
...Cristóbal de...
...tro.-Precio 25 cts.

43/155575

LA NOVELA SEMANAL

AÑO I — 8 DE SEPTIEMBRE DE 1921 — NÚM. 11

Mujeres solas

Novela de Cristóbal de Castro

Ilustraciones de José Zamora

PRENSA GRÁFICA
HERMOSILLA, 57 - MADRID

MUJERES SOLAS

CAPITULO PRIMERO

La Norueguita

BUENO. A mí no me digas. Tú has tenido ascendientes noruegos. Alguno de estos «tíos» Bergen, Field ó Dofrin, cayó en Pamplona...

—Vendiendo aceite de hígado de bacalao, ¿no?... Lo que yo tenga de noruega...

—Pues hija, el tipo... Alta, rubia, de un rubio tirando á blanco... Esas mejillas con pelusa de melocotón... Esas cejas casi canosas...

—Lo sé. Sé que soy un adefesio... Pues, chico, ya no hay solución. Haberlo visto antes.

—¿Y ese geniazo? ¿No es de noruega ese geniazo? A ver... Todas las heroínas de Ibsen salen

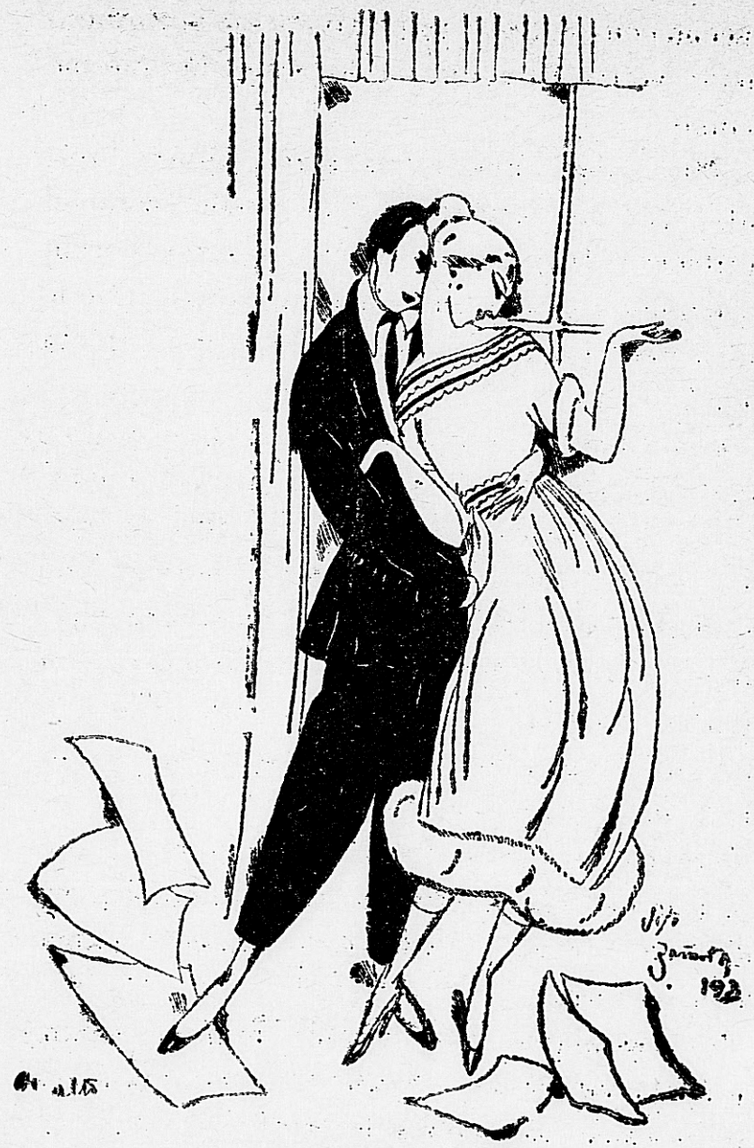
a escena con ese gesto despectivo y ese hociquín... Bueno, yo ese hociquín me lo como. Es que me lo como...

—Mira, Angel, que soy navarra... Quieto, animal... Que me despeinas... Que puede entrar el escribiente. Hay que ver, todo un señor cónsul de segunda, forcejeando como un cadete. ¿No le da á usted vergüenza? ¡Ay! ¡Ay! La oreja, no; la oreja, no...

Bromeaban como dos novios, en aquel destartalado despachote, pegados á la estufa y mirando por los cristales caer la nieve sobre el Dramen helado. El marido, enjuto y moreno, con los dientes muy blancos bajo el recortado bigotín, era una juventud ufana y dicharachera, que siempre comenzaba las batallas de amor á la hora de firmar y en la primera escaramuza sembraba de papeles el suelo.

—Anda, recoge esos papelotes, hombre...—decía la mujer, encendida como un tomate y remetiéndose los rizos—. Recógelos. Vamos á hablar de cosas serias.

Y recostándose en la butaca, mimosa y pomposa, metodizaba su atavío con unos toques al *jersey* y unos estirones á la falda.



—Conque... de cosas serias. ¿A que se trata de dinero?

—¡Qué penetración, hijo! Se comprende que el Cuerpo consular esté orgulloso de ti.

—Y otros cuerpos que no son el consular. Por ejemplo, el cuerpo «imperial». Este cuerpo imperial que...

—¡Por Dios! ¡El escribiente! ¡El escribiente!

—*Permetez, monsieur le consul?*

—*Entrez.*

Asomó una cabeza color de zanahoria, luego un cuello de pavo, luego una figurilla de gnomo. La pluma en la oreja, era una caricatura de cisne, que avanzaba alargando el correo en una bandejita y haciendo más zalemas que un moro.

Hablaba una erizada jerga, entre noruega, alemana y rusa, intercalada de «ohs» en tono grave, de «ahs» chillones, como de pavo real, y de *voilás* eclécticos, zumbones, definitivos.

Cuando el cónsul no le entendía, el gnomo se encogía de hombros, diciendo amablemente: *Voilá!* Cuando él no entendía al cónsul, luego de entornar los ojillos y arrugar mucho el entrecejo, exclamaba *voilá!*, tan resignadamente como si dijera: «Si te entiendo, que me aspen.» Pero lo de-

cía, porque, en su disciplina de noruego, dejar sin respuesta á un superior era una grave falta jerárquica.

—¿Qué hay, Ulrico?—preguntóle, en francés, el cónsul.

—Nada agradable, señor cónsul. Trabajos, desazones. Esta mañana tuve una con el sastre.

—¿Con el sastre?—curioseó la consulesa, examinando aquella especie de dolman raído y aquellos pantalones cortos, arrugados y humildes.

—Verá usted, madama. Fuí á llevarle dos copias de un inventario...

—¡Aaaah! Vamos...

—Tenía que pagarme por ellas siete krónéres (1). Bueno. Pues no hubo modo. Se emperró en no darme más de cinco. «Cinco.» «Cinco.» Me indigné. ¿Y sabe usted lo que hizo? Plantarme en la calle...

Tras una breve pausa, soltó el *voilá!* más triste que ha salido de boca humana: *Voilá!*...

—Pero eso es una felonía. Tú, Angel, ¿no podrías intervenir?

—Mujer, ¿yo? ¿A santo de qué? Y por siete króneres...

(1) Un kroner vale aproximadamente 1,40 pesetas.

Hablaron confidencialmente, en español. El, burlón, anunciando que en un país tan miserable iban á «palmar».

—¿Sabes lo que he cobrado de derechos por las dos semanas que llevamos en Cristianía? Pues setenta y seis pesetas fuertes. Claro que es la peor época. El golfo está helándose y no viene un buque español para un remedio. Pero, ¡caramba!, setenta y seis pesetas de derechos... No hay derecho. El canciller jura y perjura que mejorarán las cosas. Pero á mí, la verdad...

—Ahora que hablas del canciller... Pero despacha á ese pasmarote, que está que no nos quita ojo. Dale los siete króneres. ¡Pobrecillo!

El escribiente, recontando las monedas, escapó con los ojos húmedos, entre *voilás!*

—¡Y yo que creo que la mujer del canciller no es la mujer del canciller!...—dijo maliciosa la consulesa.

Bueno, ¿y qué? Por lo pronto cubría bien las apariencias. Era correcta, culta, hasta distinguida. Además, ellos carecían de amistades. Daba la picotera casualidad que el ministro español llevaba cuatro meses de licencia en Madrid. El secretario, solterón, misántropo, entre-



gado á la chifladura alpinista, se pasaba la vida entre excursiones al Falberg y al Stromfiord; y los pocos asuntos de mero trámite caían infaliblemente en el Consulado.

No tenían otro recurso que el canciller y su avispada esposa, los cuales, con noruega puntualidad, acudían todas las tardes á charlar y á tomar el té.

El canciller, Hans Wilfrid, cincuentón, calvo y regordete, tenía representaciones y consignaciones de casas danesas, holandesas y españolas y llevaba escrupulosamente los asuntos del Consulado. Su mujer, Cristina Vadstena, todavía vistosa en su opulento otoño, era entrometida, mandona y practicaba con fruición los deportes de nieve.

De suerte que, á los pocos días, la consulesa hubo de equiparse con todos los graciosos adminículos de *skis*, gorrete, guantes de piel de perro marino, cinturones de reno, termos, brújulas de pulsera, prismáticos y un triple juego de *jerseys* blancos, verdes y azules.

Y mientras el risueño cónsul y el laborioso canciller, servidos por el taciturno Ulrico, clasificaban expedientes, memorias, folletos, presupues-



...tos é informes comerciales, Antonia y Cristina en un trineo de alquiler, lleno de cachivaches alpinos, tomaban la ribera izquierda del Dramen, en dirección al Buskerund.

El carácter serio de Antonia, que, á fuer de navarra, era reservada y tenaz, se avenía gustosamente con el expansivo, risueño y hasta entrometido de Cristina.

Además, la conversación fácil, aguda, llena de lecturas y datos, de la noruega, producía en la española un gran efecto de cultura y superioridad.

Uniendo á todo esto la circunstancia de ignorar Antonia el idioma y el país y ser Cristina un gracioso y completo *cicerone*, que, por las relaciones comerciales de su marido con España, conocía algún tanto nuestra literatura y hasta hablaba su poquitín de español, se comprende que en pocos días la amistad de ambas creciese.

Una tarde, yendo el trineo por la carretera de Calmar, el cochero advirtió que cojeaba el caballo. El suelo, duro por la escarcha, lastimaba al pobre animal. Cristina decidió que llegasen á la posada más próxima para cambiar el tiro.

—No hay mal que por bien no venga—decía

riendo—. Así conocerá usted las posadas de mi país.

Caminaban entre la niebla fría, por parajes tan solos que metían miedo. A entrambos lados, bosques nevados y desnudos levantaban sus árboles de Nacimiento. De vez en vez, lejanos, graznaban cuervos. Sonaban hachas leñadoras. Mugía un ternerillo, perdiéndose en la encrucijada...

Al doblar un recodo vieron, con su cerca de estacas, su cupulilla de veleta y sus cobertizos, una posada, la «Posada de los Tres Renos». Cristina descendió del trineo, cogió pellas de nieve y se las refregó por la cara, alborotando con sus risas.

—Haga usted lo que yo. Entrará en calor en seguida—le decía á Antonia—. Y usted, cochero, cure al pobre caballo. ¡Ah! Y diga que nos preparen una merienda á estilo del país. Vamos á ver qué hay por aquí. Venga usted, Antonia.

Asomaron al cobertizo. Tres renos, de ojo lacio y floreada cornamenta, lanzaron gritos vagos, desde el pesebre.

—¡Ay, qué primor!—decía Antonia, encantada—¿Son peligrosos?

—¡Pobres!... Tienen un hambre que no ven. Acérquese sin miedo. ¿Verdad que son bellísimos? Y tan mansos, tan mansos. Toque aquí. Rásqueles el hocico. Ajá. Estos tres nos llevan á Cristianía. ¡Claro, hijita! Si están para eso.

—Buenas tardes, madamas—rezó un viejo barbudo y patriarcal, quitándose el gorro—. ¡Qué! ¿Les gustan mis renos? Vamos, Ulrico. Quieto, Abel. ¿No ves que son señoras, bruto?

Merendaron tostadas de caviar, salmón ahumado y queso con ciruelas. Bebieron la cerveza clásica de Malmoe, se encaramaron á la torrecilla para examinar bien la veleta y la rosa de los vientos, y al descender el caracol de hierro, Antonia, distraída, dió un paso en falso... Fué una caída aparatosa. Se alarmaron todos. La recogieron sin sentido y hubo que regresar á escape, sin renos, al trote del caballo que cojeaba.

Al llegar á la Anderseengátan (calle de Andersen), donde se hallaba el Consulado, iba Antonia algo más repuesta, pidiendo por Dios y los santos que nada se dijese á su marido. Pero Cristina contó el caso y el canciller y el escribiente fueron á escape por un médico.

Vino un doctor inaguantable, regañón, que



trató á todo el mundo á la baqueta. Apenas comenzó á reconocer á Antonia, comenzó á sermonearla:

—¡Locuras! ¡Esto son locuras! Una excursión á la «Posada de los Tres Renos», en el estado en que se halla usted, es la mayor barbaridad...

Angel aventuró una interrogación con el gesto.

—Sí, hombre. ¿No lo está usted oyendo?

—¡Ah! ¿De manera que?...

—Pero, señor mío, evidente. Claro que la caída pudo echarlo todo á perder. Por fortuna cayó de espaldas. Y la distensión muscular facilitada por los ligamentos...

Pero Angel no atendía. Estaba ebrio, atontado, como ido. Miraba á su mujer, que le sonreía descolorida, fatigada, con el divino décolor y la fatiga santa que anuncia el misterio de la encarnación..,

* * *

Volvió oportunamente el doctor agrio y regañón. Trazó un plan entre refunfuños. Y si antes era Antonia doña Mírame y no me toques,

después había que pedir permiso para toser en el Consulado. El señor cónsul, soñando con su ascenso á papá, se puso verdaderamente insufrible.

Cristina, siempre con sus bromas, le decía:

—Pero, señor... Cualquiera diría que quien se halla en estado interesante es usted. ¡Qué barbaridad!

Ulrico, el escribiente, destinado á la ronda especial del médico y la botica, no descansaba en llevar avisos y traer recetas. El canciller, sugestionado por el cónsul, acarreaba cada día libros sobre la dentición, sobre la crianza de los niños, hasta sobre higiene escolar.

Entre tanto Antonia y Cristina preparaban el ajuarito, eso sí, intervenido por el señor cónsul, que todo lo olía y todo lo fiscalizaba.

Al fin, una mañana la consulesa, como una pálida *Madona*, se agitó en el dolor del parto. Llegó el avinagrado doctor. Corrieron, atontados, trayendo estuches y algodones, el canciller y el escribiente. Preparó Cristina los pañales, entre bromas, al «señor cónsul», quien, los brazos cruzados, cejijunto y temblándole todo el cuerpo, no se quitaba de la puerta.

Unos gritos de Antonia, una rotunda interjección del médico y la alegre voz de Cristina:

—¡Señor cónsul! ¡Señor papá!

—¿Un niño?

—No, señor Es una norueguita. ¡Una norueguita!

CAPITULO II

Mujeres solas

—Pero, mamá...

—Pero, nenita... Si es cosa del habilitado...

—¡Dichoso habilitado! Parece que el dinero es suyo. Pues es nuestro, ¡jeringa!

—Es nuestro. Pero, ¿qué le hemos de hacer?

—Claro. ¡Somos mujeres solas!

Sentada al tocador, las mangas del kimono *beis* agitábanse al desenfreno de los brazos rubios. El peinado «de erizo» dábale cierta aristocrática picardía. Y mirándose en el espejo, recontaba, como un avaro sus tesoros, las gracias de sus verdes ojos adormilados y el primor gentil de su nuca.

Era una juventud áurea, caprichosa y fragante, cuyos instintos narcisescos la retenían en el tocador como en un encanto. Gozaba pueril mente en el manejo del pincel ó del pulidor,

como un niño con sus juguetes. Tapaba y destapaba frascos con la delicia de un borracho botellas. Pasábase las horas muertas en el espejo, no estudiando, como Claudina de Tencín, «miradas para los demás», sino mirándose á sí misma tontamente, como «la niña boba».

La madre, en plena madurez, era una Juno que abdicaba. Tenía el abandono melancólico de esas bellezas sin joyero ni modisto, rendidas á lo irremediable del «traje reformado» y del sombrero «único». Y así como las damas de Port Royal refugiaban su triste otoño bajo el cobertizo jansenista, ella se guarecía en la maternidad educadora, un poco jansenista por lo extravagante

Desde que una traidora pulmonía le arrebató el marido, el bienestar y la inconsciencia, Antonia, con su niña de cuatro años, pasó de Cristianía á España. Fué el paso de la oruga á mariposa. Esto es: de mujer encerrada en el capullo del hogar, á mujer sin más patrimonio que una triste pensión de cuarenta duros.

Entonces se le reveló el mundo en toda su angustiosa inmensidad, y fué la débil criaturita quien la ungió de energía indomable. Malbaratć muebles y libros, liquidó sus tierras de Olite,



hizo también liquidación de trato con sus zafios y egoístas parientes y llegó á Madrid, á luchar en Clases Pasivas.

El drama íntimo de antesalas y donjuanismos de secretaría particular fué como su bautismo de fuego. Desde los viejos ordenanzas á los mocitos mecanógrafos la requebraban, si no de palabra, con los ojos, entre codazos, guiñándose, abriendo paso aparatosamente, ofreciéndole sillas, bajando las persianas para que no la ofendiera el sol...

Ella, iniciando una sonrisa, aceptaba aquellas ofrendas de chupatintas con el gesto cansado de una reina en visita de cuartel. A veces, precediéndola en los pasillos, corrían alborotados los escribientes:

—¡La «Estupenda»! ¡Que viene la «Estupenda»!

Entonces, acallando su indignación, pasaba, lenta y triste, bajo sus lutos.

Cuando á los quince días obtuvo la pensión de viudedad, recibió la visita del habilitado, una especie de Matatías reservón, diestro en la impunidad de desplumar pobres pensionistas. Aquí fué donde culminó su desaliento, viéndose de por vida en aquellas garras. El Matatías, gene-

rosamente, le adelantó quinientas pesetas, obligándola á firmar mil. Y cuando la infeliz insinuaba su indignación, oyó que el prestamista cínico la decía, con suavidad hipócrita:

—¡Huy, huy, huy, señora! Usted no conoce la vida. Ya se irá enterando de lo que es el mundo para una mujer sola...

Fué como esas operaciones de vida ó muerte, de las que, si escapa el enfermo, alientan y estimulan la vitalidad por muchos años. Se recogió en sí misma, apeló á todos los recursos de su voluntad. ¿Qué hacía falta? ¿Pasar fatigas y escaseces? Las pasaría. Pero su niña saldría adelante. Su niña la desquitaría de todo.

Echó cuentas, redujo gastos, tomó una habitación «en familia» con dos hermanas viejas, limpias y serviciales. Y cuando se encontró instalada, con su niñita reposando, como un ángel, todavía dió gracias al cielo...

* * *

Con una asiduidad á prueba de sacrificios y una paciencia digna de Job, fué criando á su hijita en aquel piso quinto de la calle de San

Cosme, que era en invierno una nevera y en verano un tostón continuo.

Su perspicacia ingénita, afinada por la escasez y los desengaños, llegó á enseñorearse de la desgracia, conllevándola sin extremas pesadumbres.

Observó que lo que creía imposible iba desarrollándose casi normalmente. Por ejemplo: las privaciones del tocado, de los vestidos, de la habitación, hasta del alimento, no le hicieron la mella que se imaginaba. Y, poco á poco, fué acostumbrándose al «sombrero reformado», al vestido único para cada estación, al desayuno «obrero» de café con churros. Con tal de que la niña fuese, como iba siempre, decente, limpia y hasta mona, con vestiditos de figurín, muy rizada y muy perfumada, lo demás le importaba poco.

Pero observó también que, según la niña crecía, iba aportando nuevas é inesperadas complicaciones. Mientras corrió la infancia, todo eran gracias, mimos y docilidades. Pero apenas fué dibujándose la nueva y terca voluntad, comenzó á darse cuenta del chubasco que se le venía encima.



á la puerta. Ella, no. Ella había «liquidado». ¿Que algunas, menos guapas y mucho más viejas, actuaban con grandes triunfos? Muy bien. ¿Que otras, con cuatro y cinco hijos, y hasta con menos recursos, se echaban el alma á la espalda? Allá ellas. Se daba un vistazo al espejo, afirmábase las horquillas, decía entre suspiros: «¡En fin!»... y vuelta á su hija, preguntaba:

—Nenita... ¿Y si nos fuésemos á la Moncloa?

Fueron á la Moncloa. Y al tomar el tranvía en Santo Domingo, oyeron:

—Si es Antonia Lozano, mamá... Antonia Lozano y su hija. ¡Qué guapas!

Eran las de Gumiel. Ciento y la madre. Tres solteras, dos casadas... Un familión.

—¡Pícara! Tanto tiempo... ¡Tantísimo!

—¡Huy! Ya lo creo. Tantísimo...

—¿Y qué es de su vida? Pero mujer, ¡qué reteguapa! Y esta preciosidad, su hija, no hay que decir... Hay que ver, ¡qué hija y qué madre!

—Por Dios—decía Antonia, azorada.

Montaron juntas en la jardinera y juntas pasaron la tarde recorriendo la Casa de Labor, entre el cacarear de las gallinas y el mugir lento de los bueyes.

Le aterraba la lógica infantil, tan arbitraria en sus caprichos, tan desnuda de reciprocidades. Entristecíanla hondamente aquellos repentinos furores por la menor contradicción; aquellos tan precoces disimulos; aquellos hatos de mentiras, fraguadas con destreza inconcebible. Muchas veces, la indignación contra su hija producíala remordimientos. Y se preguntaba, temblando, si todo lo que creía abnegaciones maternales serían falacias de ella misma para ahorrarse trabajos y disgustos. Entonces, llena de atrición, apretujaba á la hija contra el pecho y lloraba á lágrima viva.

Meditando en el porvenir, vislumbró la necesidad urgente de hacerse amistades. Y si antes, al ver de lejos alguna amiga suya ó de su esposo, echaba por la acera de enfrente, luego formó el propósito de afrontarlas y aun de buscarlas, si preciso fuera. La niña era casi una mujercita. Había que ir pensando en paseos, teatros, reuniones. Había que rendirla el tributo de juventud. Después de todo, no se reduce el mundo al dinero. Hay quien no tiene dos pesetas, y vive, y hasta se divierte en grande.

Aquí, la aguda sombra de Mefistófeles asomó

Las de Gumiel..., las de Gumiel... Antonia hacía esfuerzos de memoria por recordar algún detalle, alguna intimidad, algo con que corresponder á la deliciosa acogida. Pero no había modo. Claro que recordaba lo corriente: una amistad como otra cualquiera, visitas cada quince días por parte de Antonia y cada semana por parte de las de Gumiel; alguna vez encuentros casuales en el teatro ó en el *cine*... ¡Ah, caramba! ¿Y el mes y medio de veraneo en Reinosa? ¡Menudo asunto de conversación! Tronar contra el hotel. Recordar aquella excursión á la Colegiata de Cervatos... La rotura del puentecillo... La pedrea... ¡Claro que hacía años, pero...!

—¿Siguen ustedes yendo á Reinosa?

No iban ya. ¡Aquel hotel! ¡Aquellas excursiones á Cervatos! La rotura del puentecillo... La pedrea... Ahora iban á Santander...

—Se le metió á Anselmo en la cabeza, y... Ya conoce usted á Anselmo. Tuvo suerte cuando la guerra. Es decir, suerte... «Al saber le llaman suerte», canta el refrán...

—Muy verdad que es...

—Vió lo que otros no vieron. Y si hoy tenemos dos pesetas, no crea que nos las dió nadie.

Todo eso que han dicho por ahí son calumnias. Infamias. Anselmo es incapaz... Bueno; ya lo conoce usted...

—Hombre, por Dios... Si fuéramos á hacer caso...

Hábilmente la hizo Antonia desembuchar. Por lo visto Anselmo era un sinvergüenza que había hecho una serie de porquerías y chanchullos en el Ministerio. Los periódicos lo habían puesto verde. La gente comenzaba á darles de lado...

—Ahí tiene usted esa «fragata» de Pepa Torres, que me ve y se hace la desentendida. ¡Pepa Torres! ¡No le digo más! Ya sabrá usted lo de su yerno...

La pobre Antonia se fatigaba. Eran muchas incógnitas en la misma ecuación. Anselmo y sus chanchullos en el Ministerio. ¿Qué Ministerio? ¿Qué chanchullos? Ahora Pepa Torres y su yerno. Pero, ¿qué yerno y qué Pepa Torres?

Lo único que pudo poner en claro fué que las de Gumiel no la dejaban ni á sol ni á sombra; que se amparaban de ella en su situación algo equívoca. Entre las cuñadas y las hijas tomaron por su cuenta á Tinita (Cristinita), alabándola, celebrándola, acatándola como á una princesa. Ella,

sintiéndose alabada, soltó el chorro y les contó pasado y presente, callándose, por altivez é instinto, los apuros, é inventando, por temperamento y deleite, grandezas y grandezas... Como el Rey quería tanto á papá... Como la Infanta Isabel es tan amiga de mamá...

Las de Gumiel brincaban de júbilo. ¿Qué más querían ellas sino eso, precisamente? Amistades así, de rango. Tan distinguidas, tan aristocráticas como Antonia Lozano, viuda de «un embajador» y amiga de la Casa Real. Ahora iba á ver «la fragata» de Pepa Torres...

Quieras que no, se las llevaron á comer.

—Que sí, mujer; que sí—decían las jóvenes á Tinita—. Y el «mujer», de gran confianza, prodigado á la hija de «un embajador» por las hijas de un jefecillo de negociado, las sabía á gloria—. Que sí, mujer, que sí. Que cenas en casa, ea.

Y fueron, para llegar antes, en un taxis, con algarabía y contento por parte de Tinita y con cierta inquietud por parte de Antonia. «¿Dónde me meteré yo, Dios mío?—pensaba—¿Será esta gente, gente descalificada ya, ó será simplemente uno de esos casos de entredicho que luego se olvidan?» De cualquier modo, estaba intranquila.



Fué menester que recordase la escenita de por la mañana, el disgusto de su hija porque el habilitado no anticipó los treinta duros para el sombrero, su desolación de mujeres solas...

Las de Gumiel las respetaban, las adulaban ¿Había resuelto por Tinita reanudar amistades? Pues ya estaban las de Gumiel mimándolas, bailándolas el agua.

—Anselmo... Mira quién viene aquí... Mira qué hermosura de madre... Y mira qué primor de hija...

—Señora... Tanto honor... Señorita... ¡Caramba! ¡Caramba! ¡Puf!—Y resoplaba, restregándose las manos, larguirucho, dispépsico, entre un rebrillar de ojos lascivos y cobardes.

—Comen con nosotros. ¿Te parece?

—¡Caramba! Ya lo creo. ¡Puf! Encantado...

—Oye... Oid, una cualquiera. Que avisen por teléfono al Casino, á vuestro hermano, y á vuestros maridos... ¡Vaya con Antoñita! ¿Te acuerdas, Anselmo, en Reinosa?

—Caramba... ¡Ya lo creo!

Llegaron los dos yernos, dos pobres diablos chupatintas cazados por Gumiel en las encrucijadas burocráticas. Saludaron tronchándose y

se escabulleron á un rincón. Se veía que allí no pintaban nada, que los trataban á la baqueta, que se habían casado para vivir, sin trabajar, del dinero apañado por Gumiel.

Vino por fin el mayorazgo, Perico Gumiel, cuya juventud loca y pródiga tenía admiradores en el Casino y admiradoras en Parisiana y en Maxim's. Era endeblucho y larguirucho, como el padre, pero más despierto y simpático.

Entró en el comedor cuando ya estaban á la mesa. Ofreció ramos de violetas á Antonia y Tinita. Dijo algunas galanterías graciosas, coreado por el lascivo padre, que aprobaba, mirando á la guapetona viuda:

—¡Caramba! Ya lo creo... ¡Puf!

Sentaron á Perico junto á Tinita. Hubo bromás. Se habló de amor... Antonia echó á volar sus ensueños de madre pobre...

CAPITULO III

«Non plus ultra»

El trato con Antonia fué afinando á las de Gumiel. Poco á poco, sin darse cuenta ella misma, llegó á ser en la casa un oráculo. Le consultaban hasta el menor detalle. Tenía que aconsejarlas, quieras que no, sobre muebles, sobre vestidos, sobre teatros, hasta sobre cocina.

—¿Qué tal haría ese «aplique» en la sala?... ¿Verdad que Worth ha decaído mucho en los abrigos? ¿No cree usted que tanto baile ruso es ya una lata?

La Gumiel madre, sobre todo, es que no las dejaba vivir. Se plantaba por la mañana en la calle de San Cosme, llevando un coche del Casino, las recogía, dejaba á Tinita en la Castellana con sus hijas y se iba de tiendas con Antonia.

Lo que disfrutaba ella, tan insignificante y

vulgar, exhibiendo á una amiga íntima tan distinguida, tan hermosa, tan *chic*. Era una admiración subalterna, de señora de compañía, ufana de escoltar á una dama de rango. La embobaba el aplomo con que discutía con los joyeros, la naturalidad señoril con que rechazaba un abrigo ó un juego de pieles. «¡Oh! No, ¡por Dios!... ¡De ningún modo!»

Y cuando, por las tardes, iban á merendar á las reposterías de lujo, la Gumiel, encantada de su servidumbre, sujetaba la puerta para que Antonia, espléndida en sus lutos, pasara delante, levantando murmullos de admiración.

Llevaba ya unos días atosigada por un deseo. Tutearla. Estaba segurísima de que no pondría el menor reparo. Pero, ¿cómo decírselo? Al fin, una mañana se decidió. Habían entrado á reponer vajilla. Antonia eligió una, «sencillita, pero de mucho gusto», fileteada de verdinegro.

—¿Le parece á usted ésta?

—Como tú quieras...

¡Lo soltó! Se puso encarnada como un tomate.

—¡Ay, Jesús! Perdóneme «usted».

Antonia, al cabo de la calle, sonrió:

—¿De que he de perdonar? ¡Por Dios!... Entre amigas como nosotras...

Desde entonces la tuteó, saboreando el «tú» como un dulce. Y en los sitios más públicos—paseos, teatros, restaurantes—, cuanta más gente había comentando la hermosura y distinción de Antonia, la de Gumiel se perecía por decirla:

—Oye. ¿Decías algo?...

Una opinión de Antonia sobre las reuniones familiares la impulsó á señalar los jueves como día de «recibo». Movió á sus pobres yernos para que acarreasen abogados, concejales, bolsistas de su tertulia del Casino. Aleccionó á su hijo en catequizar algún diplomático americano, algún pintor, algún ateneísta de los que le reían las gracias en Parisiana. Y ordenó á rajatabla al sumiso esposo que, sin excusa ni pretexto, llevase á la tertulia por lo menos un senador vitalicio y el indispensable «cronista de sociedad».

—Arréglatelas como sea, pero tráelos... Tú verás...

Las tres hijas solteras estrenaron aquella tarde tres «modelos», á cual más caro. Las dos casadas, en escotes atrevidísimos, lucían joyas estupendas. Sólo la madre, dirigida por Antonia,



se presentó sencilla y seria, con un tocado honesto y señoril.

Para que Antonia y Tinita aceptasen la cuenta abierta con la sombrerera y el modisto, las de Gumiel se vieron y se desearon.

Encastilladas en su dignidad, porfiaban «las diplomáticas» que, siendo pobres, no podían vestir de ricas y que, sabiendo todo el mundo su posición, al verlas con boato se desatarían las lenguas.

Alegaban las de Gumiel su amistad íntima, su desahogada posición y el deberles un crédito social que el trato con Antonia y su hija afirmaba sólidamente.

—No le des vueltas, hija—decía Antonia—. No lo podemos aceptar.

—Pues tendréis que aceptarlo.

—Te digo que no.

—Te digo que sí...

Las muchachas comprometieron á Tinita. Y Tinita, engolosinada por un modelo de París, usó de mil zalamerías y convenció á su madre.

—Bien. Será un préstamo. Lo pagaremos como podamos...

El jueves por la tarde, madre é hija dieron el

golpe. Las recibieron, entre aplausos, con la marcha Real. Desfiló ante ellas, como en besamanos, toda la burguesía admirada. La Gumiel madre reventaba de satisfacción.

De pronto un cuchicheo sorprendió á Antonia. Todo el mundo decía:

—«Non plus ultra»... Ahí está «Non plus ultra».

Y Antonia vió ante ella, en reverencia correctísima, á un joven pálido, elegante, de perfil criollo y cabellos alborotados.

—Perucho Gálvez. Sobrino del Presidente de Méjico.

—Mis felicitaciones, madama. Tiene usted una hija que es un sol, ¿no?

Sonreía, fino y cobrizo, como un Guatimocín de frac. Era la aristocracia varonil, inteligente y arrogante, segura de su simpatía y de su dinero.

Traía alborotado el Ritz, donde las condesitas casaderas le sonreían desde lejos y las cocotas otoñales le guiñaban sin disimulos. Llevaba unas semanas en Madrid y ya era célebre. En los palcos del Nuevo Club y de la Peña produjo verdadero pánico. Las actrices bonitas y las tiples de

más cartel «se timaban» con el americano desafo radamente. Los viejos duques y los nuevos «grandes» tiraban los prismáticos en el diván...

—¡Qué chusma! Están «salidas» con el criollo

En el *foot-ball,* en las carreras, en los toros, Perucho Gálvez, siempre solo y siempre sonriendo, destacaba serenamente sus arrogancias morenas y su aplomo de millonario joven.

No se le conocían amigas ni amigos. No era jugador, ni bebedor, ni pendenciero, ni orgulloso, ni «nuevo rico». De toda su persona, bien portada, bien educada, emanaban inteligencia y simpatía. Reunía tales prendas, que cierta duquesa le había dicho á su sobrina:

—Engánchalo. Te advierto que es el «Non plus ultra» de los novios.

Corrió el dicho por todas partes. Y ya, siempre que veían á Perucho, decían todos:

—Ya viene «Non plus ultra»... Ahora verás á «Non plus ultra»...

* * *

«Una hija que es un sol». Y lo era. Lo era por sus gracias rubias, por sus ojos verdes, por su delicadeza andrógina, por el candor de sus narcisismos.

Allí estaba, sonriendo bobalicona al grupo de muchachos que la decían flores. La suavidad de sus movimientos hacía pensar en las tórtolas. El color de su cara, con pelusilla, era el de los melocotones dorados. Y la ajustada túnica azafrán,



rimando con su cabellera corta, prestábale el encanto ambiguo de una Diana.

Con su habitual desenfado, propuso Perico Guniel que le rezasen, como á una diosa.

—¡Tonto!—decía Tinita, la boca hecha agua.

—Usted se calla. Las diosas no hablan. Lo más, lo más, sonríen. ¡Ajá! Compañeros feligreses: Recitemos la letanía á coro. ¡Kyrie eleison!

—Kyrie eleison...

Antonia se desvanecía de contento. Como en la estrofa del poeta,

«el cielo la debía
tras de tanto dolor, tanta alegría.»

Tuvo el miedo retrospectivo de la miseria; de su hija casada con un empleado modesto; del hogar, lleno de criaturas, remiendos y zozobras. Y presintió el momento de oro, el instante en que la Fortuna, volteando su esfera, iba á pasar, como en la visión del Florentino:

«volge sua sfera e beata si gode...»

Había que apresurar el instante, aferrando á la esquiva diosa. Había que casar á Tinita con un rico. Lo demás... Ya vendría lo demás. Su experiencia le decía á gritos que ella había tenido «lo demás», y vivía una vida que no era vida. ¡Ah! Eso, no. Bastaba y sobraba con su sacrificio. Impediría á toda costa que su hija pudiera hallar-

se, andando el tiempo, sujeta á una pensión de cuarenta duros...

De repente, chilló Tinita, espantada. Antonia vió que unos muchachos se llevaban á Perico Gumiel, ajado el *smoking* y volviendo los enrabiados ojos. Luego asomó, descolorido, fatigado, Perucho Gálvez, que sonreía procurando tranquilizar á las damas.

—Nada... Tonteras... Bromas... Nada.

Tinita, con los ojos llenos de lágrimas y un temblor mortal, se aferró á su madre:

—Mamá... ¡Qué horror! Querían matarse...

CAPITULO IV

Un mensajero

No se mataron. Un encuentro y unos rasguños leves. Pero sin reconciliación. ¡Eso, no! Reconciliarse era, á juicio de ambos adversarios mozos, una perfecta hipocresía.

—Pero, señor, ¿por qué? Después de batirse es lógico... ¿Os vais á odiar eternamente? ¿Y por una chiquillada? ¡Hombre!

¡Ah, amigo! Es que las chiquilladas son muy serias para los chicos. Como las hombradas para los hombres. Y esos muchachos que, á escondidas, como quien comete una calaverada, buscan sus padrinos, sus médicos, sus sables y organizan en pocas horas un duelo, por si, delante de Tinita, y en ronda de cortejo, el uno retó al otro con la mirada y el otro desdeñó hondamente al uno con la sonrisa, son tan épicos en sus cóleras como Aquiles y en sus bravuras como Ayax.

Ahí los tiene usted, amigo, en tirantes, con los brazos arremangados, paseando, las manos atrás, bajo la bóveda de parras, ensimismados, recogidos, ajenos á las maravillosas fragancias del aire matinal.

Los dos evocan la figurilla delicada, sonriéndoles, alentándoles, manando «dulce mal» de sus ojos verdes y de sus gracias rubias. Y los dos sienten recio aquel ataque de odio que les impulsó á las violencias de palabra y obra. ¿Por qué? ¡Ah, amigo! Si ellos lo supieran... Si lo supiera alguien de este mundo. O del otro... ¡O de los otros!

Viendo inútiles sus esfuerzos por reconciliarlos, médicos y padrinos dieron por terminado el asunto. Firmaron las actas de encuentro. Pusiéronse las americanas, ceñudos. Bebieron, por cumplir, las copas de Oporto que les ofreció el dueño de la finca y, saludando fríamente, tomaron los «autos».

Media hora después, Tinita recibía un continental.

—Mamá, parece letra de hombre.

—¿Letra de hombre? No caigo...

—Pues yo me lo figuro. O es de... O es de...

¡Ay, mamá! ¿Los habrán dejado batirse? ¿No, verdad?

—Qué han de dejarlos... ¡Dos chiquillos! Por una tontera.. ¡Quita!

Tinita divertíase leyendo alabanzas: «Ojos glaucos, verdes mares—, verdes mares de cristal...» Pues mirá, no es feo...

—¡Qué ha de ser feo! ¡Si es de Amado Nervo, mujer!...

—Ya decía yo que lo recordaba. ¡Claro, como que él es mejicano! Nervo era mejicano, me parece...

—Entonces es de...

Deletreó encantada: «Pe-ru-cho». Ya lo sabes: «Pe-ru-cho».

Antonia cabalgó en su sueño: Méjico. Un palacio en el bosque. Su hija, llevada en palanquín, como Moctezuma. Inmensos campos de abacá, con sus indios, sus chozas y sus carros. Y ella, Antonia, lánguida y opulenta, sesteando en la hamaca, abanicada por esclavas de ajorcas de oro

—Pero, mamá. Que estoy hablándote.

—¡Si te oigo, mujer! Sigue.

Siguió, pueril y parlanchina, haciendo monerías ante el espejo, en su actitud predilecta de

frotarse las manos con el pulidor, y, de cuando en cuando, abrirse y cerrarse el «kimono», como una «musmé» nerviosa. No se hacía ilusiones. Pero, después de todo, ¿qué? ¿Sería la primera muchacha pobre casada con un millonario? ¿Y Juanita Garzón? ¿Y la sobrina de Peláez? ¿Y tantas y tantas?

—Mira, mamá, ¿sabes lo que te digo? Que está enamorado de mí...

—¡Qué barbaridad! ¡Qué pretensiones!

—¿Pretensiones? Bueno. Lo verás. Y como yo le he de atar corto... Sí. Tú ríete.

Trrrin... Trrrrriiin... El timbre. ¿Será él?

Hubo un revuelo de «kimonos», de pies buscando las chinelas, de manos arreglando el tocador, el escritorio, las butacas. Antonia abrió la puerta.

¡Gumiel, padre!

Entró, larguirucho, encorvado, mirando recelosamente, con miradas lascivas y cobardes.

—Siéntese aquí, Gumiel. En la butaca estará mejor.

—Muchas gracias. ¡Caramba! Ya lo creo. ¡Puf! Y miraba, con el rabillo del ojo, las opulentas lozanías de Antonia.

Antonia no sabía qué cara poner. ¿Por dónde rompería aquel mico viejo?

Al fin rompió, entre dientes, con la cabeza gacha, resoplando medias palabras, con su estudiada timidez ante los ministros.

—Pues la cosa, comprenderá usted... Después de lo ocurrido... Claro, que ustedes no tienen la menor culpa. Pero, en fin. Usted sabe lo que son las madres...

Un reojo, un resoplido.—«¡Caramba, ya lo creo!» «También sabe usted lo que son las hijas. ¿La madre opina esto? Ellas, lo mismo. De modo que...»

Antonia, impaciente, demandó:

—De modo que ¿qué?

—No; si después de todo... ¡Con el tiempo se arreglará! ¡Qué duda cabe que se arreglará! Pero ahora, estando tan reciente, comprenderá usted...

Antonia, acalorada, nerviosa, sin darse cuenta, se entreabrió el «kimono» un segundo. Y fué un deslumbramiento que cortó á Gumiel la palabra y la respiración.

—¡Caramba! Ya lo creo—añadió, en cuanto pudo hablar—. Quiere decir que si ella por ahora... Pues aquí estoy yo...



Antonia, abstraída, no le hacía caso. El, creyendo que aquel silencio era asentir, se envalentonaba...

—Aquí estoy yo... Un amigo leal... Además, la vida es la vida... Los amigos son para las ocasiones. Yo me he dicho: Pues si ellas, por ahora, rompen, aquí estoy yo... Cualquier asunto..., cualquier cosa... Aquí estoy yo...

Todo aquello le parecía tan grotesco á Antonia, que estuvo por tomarlo á risa. Pero considerando que Tinita estaba presente, se reportó.

—Bien, querido señor. Enteradas y lamentándolo. ¿Qué le vamos á hacer? Usted y ellas mismas reconocen que nosotras somos ajenas á todo esto... Sin embargo, usted viene á notificarnos un desahucio de amistad. ¿Qué le vamos á hacer? Paciencia...

—Crea usted que se arreglará. Con el tiempo se arreglará. Mientras, aquí estoy yo. Cualquier cosa, cualquier asunto. Amigo leal... Los amigos son para las ocasiones...

—Muy bien. Esperaremos esas ocasiones. Por ahora...

Lo dijo tan altiva, que Gumiel se alzó del asiento cuan largo era, saludó á cabeceos y

salió, apresuradamente, balbuceando excusas.

Tras de él lanzó Tinita su lapidario apóstrofe:

—¡Mamarracho!

Antonia, preocupada, se limitó á exclamar:

—¡Esto nos faltaba!...

CAPITULO V

El novio rico

En las postrimerías del Ritz, la terraza languidecía bajo el calor de Junio. Cocotas retrasadas Burguesas convoyadas por sus maridos. Algún político arrivista, rodeado de concejales y maestros de obras. Mongaillard, desvaído, apoyado sobre un jarrón de piedra, miraba al jardín...

Sudaban tinta los tziganos bajo la batuta de Boldi. Venían lejanos ruidos de tranvías y autos. Un camarero, con el cubito del champaña, pasó silbando el «Juan Manuel».

Perucho, frente á un joven oficial de húsares, manoteaba enardecido:

—Mire, amigo. La quiero—. Y deletreando, con su tonillo americano, repitió, dando una chupada á su «dirio»:—La quie-ro. La quie-ro.

—Perfectamente—aceptó el oficial, cortés—. ¿La quiere usted? ¡Mucho peor!

Surgió una ardua polémica sobre el amor y sus derechos. Perucho era el romanticismo de Hugo, Byron y Espronceda.—«No hay más soberanía que la del amor. Está sobre el dolor, sobre el honor, sobre el sacrificio.»

El oficial, jugando con el cenicero, sonreía. Era el desdén irónico de Schopenhauer.—«¿La mujer? Un lindo animal de cabellos largos. ¿El amor? Un contacto de dos epidermis...»

Perucho trinaba.—¿Qué saben de amor los filósofos? De amor no saben más que los que están enamorados. Ni siquiera los que estuvieron. Los que están.

—Cada enamorado es un caso. Vea: mi caso es esperar.

—¿Y el de ella? Usted desconoce nuestras costumbres. En España, una señorita con novio se acabó para todo el mundo. Como si se hubiese metido monja... Además, otra cosa. La situación de ella. Usted sabe muy bien...

—¿Cómo no, amigo? Sé muy bien... Pero...

Calló, ceñudo y preocupado. Enredó su mano nerviosa en los cabellos. Bebió champaña.

—¿Van, por fin, á Biarritz?—dijo el oficial.

No lo sabía. Probablemente, no podrían arre-

glarlo. ¡Mundo idiota! Ellas con escaseces y él aburrido de millones. Y encima, ¡más idiota mundo!, ellas disimulándolo y él también...

—¡Qué! ¿Damos una vuelta?

—No. Me quedo. Subiré al cuarto. Leeré, escribiré. Rabiaré...

* * *

—¡El novio rico! ¡Tanto desearlo para esto!...

—Pero, mamá, que es mi porvenir. Que es tu descanso...

—¡Mi descanso! Mi descanso es el otro mundo...

Iban, en el «milord» de medio abono, hacia el Angel Caído. Por el vasto Parque, ya en sombras, media docena de carruajes subrayaban la soledad y el aburrimiento. Alguna vez, de lejos saludaba alguien.

—¿Quiénes son?

—Las de Vélez. Van con el abogado «paleto»

Daban vueltas y vueltas, sin hablar palabra. Ensimismadas, preocupadas, tenían esa acidia espiritual del «quiero y no puedo», tan frecuente en la clase media. Era una sorda humillación, un descontento agudo y lacerante como un puñal.

¿Para qué hablar? ¡Lo habían hablado todo

tantas veces! Tinita reprochaba á su madre aquel espolearla sin piedad, como á un corcel de guerra en un ataque á la desesperada. ¡Hala, y hala! ¡Por Dios! Ella no era ningún caballo.

Antonia oía los reproches, iniciando una sonrisita...

—Bien, hija. No eres un caballo. Pero, ¿y yo? ¿Quieres decirme qué soy yo? Soy la bestia de carga, la del habilitado. La de la modista. La de...

Tras las palabras duras, venían los suspiros, los llantos. Luego, calmados los nervios, se abrazaban.

—Mamá, perdóname.

—Tonta. ¡Retonta!...

* * *

Pasaron el verano en fuerza de fuerzas. Sin el próvido trato de las de Gumiel, todo eran gastos á machamartillo. No había escape absolutamente en nada. Antes, sólo ponían «sus personas», como decía Antonia. Tranvías, coches, *cine*, merienda, excursiones al Pardo y á Toledo, les salían por una friolera. La sombrerera, la modista, la perfumería, hasta los postres, iban á cargo de tan generosa amistad.

Pero, ahora, ¡Dios mío! Ahora todo salía de ellas. Y Antonia se veía y se deseaba para ocultar á su hija el drama financiero. Menudearon las visitas al habilitado. Arreciaron los cambalaches de recibos chicos por recibos grandes. Llegó, en fin, el horrible instante de imponer las economías.

—Mira, hija, esto es imposible. Ha llegado el momento de herrar ó quitar el banco. Tú verás cómo te las arreglas; pero es indispensable que resolvamos el problema de una vez. Va á llegar día en que no podamos ni pagar la casa.

—Bueno. ¿Y qué hago?

—Plantearle la cuestión.

—Pero, mamá...

—Pero, hija mía. Plantearle la cuestión. Sencillamente. Comprendo el esperar si se tratase de un muchacho que tuviese que resolver su porvenir. Pero él, ¿qué aguarda? ¿Unas oposiciones? ¿Un destino? ¿Acabar alguna carrera? No. El no tiene que aguardar nada. Es rico. Es millonario. Sabe bien nuestra situación. ¿Qué aguarda? Además, que estamos en ridículo. Todo el mundo se hace la misma pregunta: «¿A qué espera Perucho Gálvez que no se casa?» Y las amigas, y los

conocidos, hasta el portero, se guiñan y se dan codazos cuando nos ven. «¡Je, las del novio rico. Ahí vienen las del novio rico. Ya se van las del novio rico...» ¡Por Dios! Compréndelo.

—¡Si lo comprendo! Pero, ¿qué hago? Decentemente, no puedo hacer más. Se lo he insinuado, se lo he dado á entender mil veces. Ayer, sin ir más lejos, lo detuve en un escaparate de muebles. «Huy, mira qué preciosidad de comedor. Pues, ¿y ese despacho? ¿Y aquella lámpara bizantina?» Entonces él, ya sabes su carácter, habló de un hotel, de la distribución de habitaciones, del jardinero, hasta de los pinches. Pero luego, nada. Suspiros, juramentos, ¡nada! ¡Ah! ¿Es que te figuras que yo no paso «do mío»? ¿Que no veo los guiños y las sonrisitas y los codazos? ¿Que no estoy harta, harta, de este calvario de seis meses? Pero, ¡claro! Después reflexiono y digo: «¿Y si por una tontería rompemos? ¿Y si se pierde todo? ¿No es mucho peor? Y trago saliva, y me resigno. ¿Qué voy á hacer? Lo que hago. ¡Esperar!»

* * *

Pasaron cuatro meses. Llegó Octubre. Se las

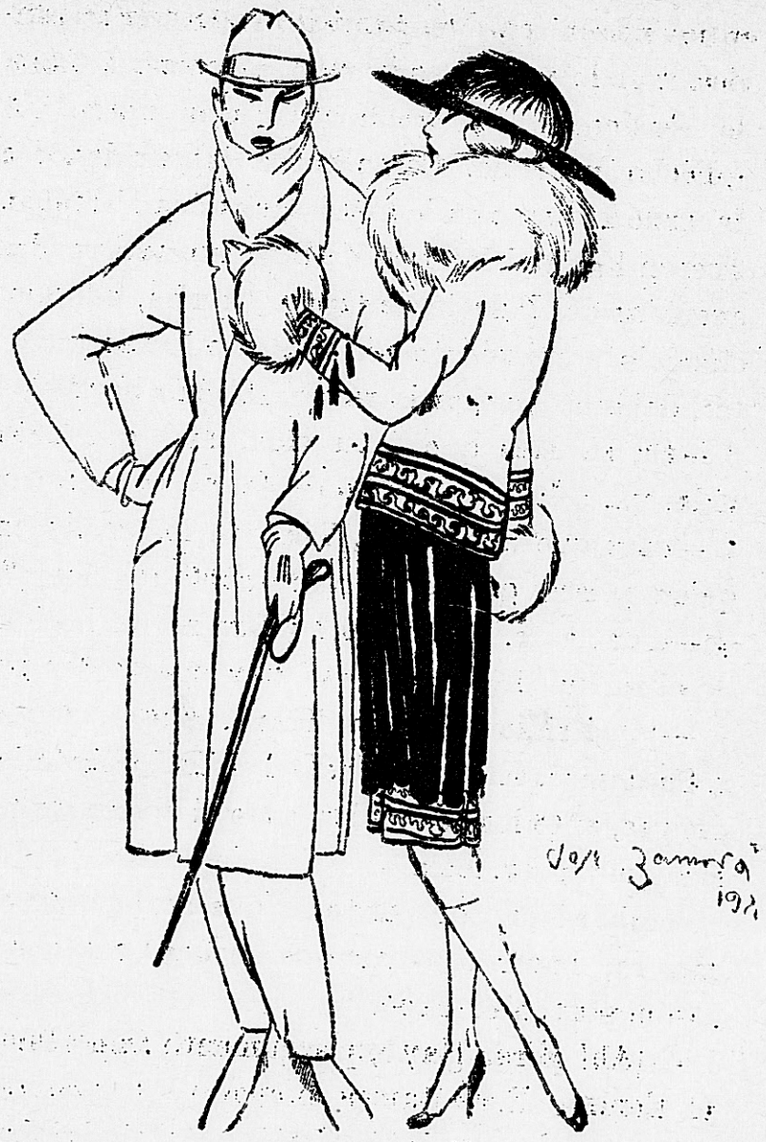
echó encima el problema del invierno. Los vestidos, las pieles, la calefacción, el abono á Lara. ¿Y de dónde? ¿De dónde sacar más dinero? ¿A quién recurrir? El habilitado se había cerrado á la banda. Las pocas joyas que tenían estaban más que vencidas en la casa de préstamos. Antonia hasta llegó á pensar en Gumiel, «el mico viejo» de Gumiel. Pero la sola idea la indignó.

Entonces, ¿á quién acudir? ¿Qué resolver? Celebraron «consejo de familia» ante los baúles abiertos. «¡Je, qué sombrero! Como ves, absolutamente imposible. Esto no lo puedes llevar. ¿Pues y ese vestido? Más imposible todavía. Es grotesco, sencillamente grotesco...»

—Bueno, hija mía. Aquí hay que cortar por lo sano. Mañana le planteas la cuestión. ¿Es que tiene que esperar algo? Que lo diga claramente. ¿No tiene que esperar? Pues á formalizar las cosas. ¿No te parece?

—Sí, mamá. Me parece. No es posible seguir así. De mañana no pasa. Sí ó no, como Cristo nos enseña. ¡Se acabó!

—¡Ah! Mira. Hay un argumento importante: el tiempo. Necesitamos preparar el *trousseau*, buscar la casa, en fin. mil cosas. Esto no se hace



en un mes ni en dos. Diseló. Puede que le convenza. A lo mejor los hombres, como no saben de estas cosas...

Dicho y hecho. Como todas las tardes, las aguardó Perucho en la Cibeles, esquina al Banco. Fueron hacia el Retiro. Y allí, paseando por las avenidas del Palacio de Cristal, Tinita, adormeciéndolo previamente con miradas lentas y tristes, dejándose coger la mano, soltó la bomba.

—Sí, sí. Más que á tu vida. Más que á tu vida, y...

—Más que á mi vida, Tina, te lo juro. ¿Por quién quieres que te lo jure?

—Por nadie. ¿Para qué? ¿Para seguir haciendo el ridículo?

—¿Qué ridículo? Pero, Tina...

Se desató. El ridículo, sí, el ridículo. Ante las amigas, ante los conocidos, ante el portero, ante el acomodador. Diez meses ya de novios. ¿A qué esperaban? ¿Es que él tenía que acabar alguna carrera, hacer algunas oposiciones, consolidar algún porvenir? Por ella no era. Bien lo sabía Dios. Era por la gente, por el mundo. Ya decían, ya hablaban...

Rugió como un león. ¿Quiénes? ¿Dónde? Luego, conmovido, apretándole la mano, exclamo:

—Sí. Tienes razón. Esto hay que resolverlo de una vez y en seguida. Pero en seguida. Mañana mismo...

—No, hombre. No es puñalada de pícaro...

—Te digo que mañana mismo...

* * *

Llegó al Ritz y montó en el ascensor. Minutos después se encerró por dentro. Estaba tétrico, ceñudo. Paseó, se sentó, volvió á pasear, volvió á sentarse. Lloraba y lloraba como un niño. Sacó el pañuelo y lo mordió, lo mordió hasta desgarrarlo. Luego, en una convulsión nerviosa, tomó el retrato de Tinita y se quedó embebido, mirándola, mirándola, mirándola...

Por fin cogió la pluma. Tenía el pañuelo en la mano izquierda, sollozando; volvió á morder como si fuera en carne odiada. Con los ojos extraviados, la mano agarrotada, escribió:

«Tina: Amor. Soy casado...»

Las lágrimas mojaron el papel...

* * *

—¡Un continental? Gracias á Dios. ¡Por fin!

Apenas abrió el sobre, Tinita, entre sarcasmos, dijo:

—Nos fastidió...

—¿Qué?

—Que nos fastidió. ¡Casado!...



—¡Casado!—repetía Antonia, tapándose la cara con las manos, como ante una catástrofe.

—Lo que siento es «la plancha». Que lo demás...—dijo Tinita, mirándose tranquilamente al espejo...



32 años de éxitos crecientes

AVISO: Rechace usted todo frasco donde no se lea **HIPOFOSFITOS SALUD**, impreso en tinta roja.

En la Argentina pídase **HIPOFOSALUD**